

## CAPÍTULO 1

**V**illa Coyoi es uno de esos pueblos en los que nunca pasa nada. Las mismas casas y monumentos, las mismas familias desde su fundación, en 1920. Un lugar aburrido pero tranquilo y seguro, donde nadie cierra las puertas ni pone candado a las bicicletas.

El banco sigue igual desde 1922, y también sus empleados. Aquella mañana de invierno, don Atilio esperaba a ser atendido. El anciano dueño del puesto de diarios no andaba bien de salud y caminaba encorvado con bastón, por eso muchos se sorprendieron al verlo entrar a paso rápido con el cuerpo muy derecho envuelto en un sobretodo largo.

Lo que más llamó la atención fue su cara: las mandíbulas apretadas, el ceño fruncido, los ojos negros y

opacos, sin brillo; ni rastros de la amabilidad con la que siempre trataba a los vecinos. No había respondido ningún saludo y se lo notaba impaciente. De pronto tiró la gorra al piso, se agarró de los pelos como si le doliera la cabeza y un grito furioso salió de su garganta. Quienes lo rodeaban se apartaron asustados, más aún al ver que sus ojos se ponían rojos y estiraba las manos hacia adelante, moviéndose a tientas, tratando de aferrarse a alguien con desesperación.

El policía de la puerta se acercó para ayudarlo, pero recibió un empujón tan violento que lo dejó aplastado contra uno de los espejos que cubrían las paredes y los vidrios rotos le cayeron encima. La gente quedó paralizada, algunos gritaron o se tiraron al suelo, otros pudieron escapar. Don Atilio abrió el sobretodo, sacó una espada del cinturón y revoleándola por el aire se acercó a la ventanilla de la caja.

—¡Entrégame todo! —le ordenó a la cajera. Lo dijo con una voz áspera y grave, distinta a como hablaba habitualmente.

—¡No me lastime, por favor, don Atilio! —rogaba la mujer, muerta de miedo, con la espada ancha y curva apoyada en su cuello y las manos temblorosas mientras metía el dinero en una bolsa.

Con los billetes en su poder, el viejo salió del edificio tan rápido como había entrado.

—¡Llaman a la ambulancia! —pidió el gerente del banco—. Y ayúdenme con este hombre.

Entre varios cargaron al policía y lo apoyaron en



uno de los mostradores de mármol; no reaccionaba, y gruesas gotas de sangre le atravesaban la cara de la cabeza al mentón hasta formar un charco en el piso.

Los clientes se levantaron de a poco, temerosos.

«Qué raro todo esto», pensaba Francisco, que estaba en el banco con su mamá. «¿Dónde vi una espada así yo?».

La madre lo agarró del brazo y salieron, al tiempo que una ambulancia estacionaba en la puerta y dos enfermeros entraban apurados.